ADELANTO EDITORIAL

Con su habitual ironía y sentido del humor, la escritora María Frisa (Zaragoza, 1969) cuenta la historia de una mujer, Alicia, que se encuentra en una edad difícil, aislada de casi todos. Ve cómo algunas de sus amigas se mueren y se alimenta de sueños que, a lo mejor, pueden cumplirse

AVANCE/ 'COMO ENTONCES' / MARÍA FRISA / PUZ

Eva se ha muerto

Por la mañana, camino del trabajo, entra en el quiosco de la Tere a por el periódico y aprovecha para echar un vistazo, de refilón, a las portadas de las revistas, a esas fotografías en las que las mujeres siempre están deslumbrantes y las parejas se adoran en sus espléndidas mansiones sonriendo a la cámara. Vida a todo color, vida de verdad, no como la suya. Suele escapársele un suspiro. Compra el periódico solo para leer las esquelas. Se acostumbró hace cinco años cuando la trasladaron de Barcelona y regresó a vivir a casa de sus padres.

¿Que dónde vas a estar mejor, tontita, que con nosotros?, a ver, ¿quién te va a cuidar y, además, qué vas a hacer tú sola en un pisucho de alquiler y nosotros también solos aquí con tu hermano?, y yo dándole vueltas y vueltas al café con leche, sin atreverme a levantar la cabeza y decirle que no es cuestión de estar más cuidada, sino de que tengo ya treinta y siete años, que ya veremos y que bueno... a lo mejor de forma provisional hasta que encuentre algo... ¡y van para cinco años!

Cinco años comprando el periódico todas las mañanas para por la noche, mientras su madre empana las sardinitas o bate los huevos de la tortilla, sentada en una de las banquetas de anea de la cocina, la misma en la que hacía los deberes cuando salía del colegio, leérselas y comentarlas. Siete por una siete, siete por dos catorce, siete por tres... veintitrés, no, no, veintidós. No, Ali, no, muy mal, muy mal, siete por tres veintiuna, siete por tres veintiuna, veintiuna, venga, repite.

¡Jo, es que es muy difícil! ¡Difícil no, es que no pones atención, que tu hermano se las aprendió todas a la primera! Mi hermano por aquí, mi hermano por allá, ja, pues de poco le sirvió ser tan listo y sabérselas de carrerilla, de bien poquito.

Hay vidas en las que el tiempo transcurre mientras la persona permanece estancada, como si la vida fuera algo que simplemente les ocurre, en blanco y negro y en plano largo. Entonces mi madre me tomaba las tablas a la vez que pelaba patatas y cebolla; ahora le leo que don Fulanito de Tal falleció a los cincuenta y nueve años de edad, y mamá arruga el ceño hasta casi, casi, juntar las dos arrugas horizontales como dos raíles de tren que separan sus cejas, porque siempre le producen una mezcla de alegría y resquemor los que mueren más jóvenes que ella.

Alicia abre el periódico de páginas tan grandes y tan incómodas en el descanso del desayuno, a las nueve, mientras se come tres tostaditas integrales sin sal, un yogur bífidus con trozos de fresa y un plátano o una manzana que, de cualquier forma, terminarán metabolizadas en celulitis en sus muslámenes.

En la mesa de al lado dos chicos se zampan unos bocadillos palmeros de chorizo. Se come despacito las tostadas, alargándolas todo lo que puede, con el maravilloso perfume del chorizo. No son tan insípidas.

Mira la programación de la tele (por si por algún milagro echaran una peli digna esta noche) y después va directa a las esquelas, como si necesitara ensayar para la función vespertina, como si su madre todavía le tomara la lección para que sor Rocío no la llame a las tutorías de donde sale ruborizada, con la cabeza baja y el ánimo encendido.

En la primera página de las esquelas hoy destaca una impresionante, de las del tamaño «no nos importa lo que cueste, ¡Dios mío, cómo vamos a poder vivir sin ella!».

Busco rápidamente la edad pues sé por experiencia que ese pastizal solo se lo gastan en empresarios o en gente joven: cuarenta y dos, el corazón me da un vuelco, ¡casi como yo, del mismo año!, e inmediatamente siento una corriente de simpatía por el fallecido, un nexo ridículo, pero innegable; leo el nombre con avidez, por eso de la coincidencia, mira que si fuera un conocido... a lo mejor alguien del colegio o algo así... Eva Salafranca Tamé. En el texto no dejan ni un resquicio para la confusión: su apenado esposo don Javier Gaya Andreu, su hija, Silvia Gaya Salafranca, padre, hermanas y bla, bla, bla... ¡Javier!, ¡Javier y Eva después de tantos años!, ¡Eva muerta! Es uno de esos momentos en que sientes que la vida, si alguna vez se molesta en rimar, acaba de caer en una asonancia.

Sus manos hacen temblar ligeramente el periódico y lo deposita en la mesa. Confusa, atontada. Entonces descubre otra esquela debajo de la anterior, una de las de «póngame la penúltima más baratita» en la que también figura su nombre.

En ella, Percy y Mary Shelley, Lord Byron, la condesa Potocka y John Polidori se suman al sentimiento de sus familiares y amigos, y expresan su dolor por tan sensible pérdida. ¿Lord Byron...?, ¿Mary Shelley...?, ¿se trata de una broma macabrosepulcral?

En cualquier caso a Eva, la afortunada, se le ha terminado la buena suerte con cuarenta y dos años y, además, sus familiares se verán obligados a esperar hasta el día siguiente para el funeral y la posterior inhumación. Eva, tan cuidadosa en todo lo demás, no ha elegido un buen día para fallecer.

En la radio comentan que una ballena ha quedado varada en una playa de Fuerteventura y, mientras tratan de devolverla al mar, la protegen del sol con toallas mojadas y la alimentan con líquidos pediátricos para evitar la deshidratación. No cree que guarde relación con la muerte de Eva, pero no es partidaria de las casualidades.

Lo de escuchar la radio es una excusa para desentenderse del barullo, de las idas y venidas de sus compañeros clasificando el correo (casi cincuenta en un semisótano cuyas únicas ventanas dan a un lóbrego patio de luces donde las vecinas tienden bragas grandes como manteles), de los gritos y las bromitas pueriles de esos salidos de cincuenta años.

Después, durante todo el reparto, sopesa bastante inquieta la posibilidad de acudir al velatorio. Tan abstraída que Pedro, el portero del 87, tiene que darle unos toquecitos en el hombro para que se percate de su presencia y le entregue los certificados. Es bastante majo Pedro, y aún lo sería más si no aprovechara los tres minutos y medio que me cuesta buzonear para mirarme el culo con la mano en el bolsillo. Alicia siempre finge no darse cuenta porque, de lo contrario, cree que resultaría muy violento.

A las tres regresa a casa por las mismas calles de todos los días, se detiene en los mismos semáforos, la vigilan los mismos maniquíes de los escaparates, sin embargo, hoy camina deprisa, sin tiempo para fijarse en la mujer de las faldas formales y las chaquetitas a la que supone secretaria de un bufete, en el grupito de adolescentes con los mismos vaqueros, las mismas camisetas y los mismos peinados con el flequillo tapándoles un ojo que ríen como si la vida les perteneciera (como imagino que reía yo entonces), en el hombre del perrito con la mancha negra en el hocico. Hoy no puede prestarles atención. Hoy tiene prisa.

—Eva ha muerto —la niña irrumpe en casa como una tromba.

—Las zapatillas, Alicia, por Dios, las zapatillas —le riñe su madre silabeando el nombre completo en el tono resignado del que está harto de repetir lo mismo: esta chica es un torbellino, es que no hay manera de hacerse con ella.

Ali se mira los pies y se da cuenta, sorprendida, de que se ha olvidado de cambiarse los zapatos. Vuelve a salir hecha una tromba en dirección al zapatero de la entrada.

—Eva ha muerto —le repite nerviosa, aunque esta vez correctamente calzada. Es el primer acontecimiento emocionante que sucede en los últimos cinco años y siete meses, en el tiempo que hace que se asfixia entre esas paredes y el suelo de parqué conservado sin una sola raya.

—¿Eva?, ¿qué Eva? —la madre bate huevos y le responde mecánicamente, sin interés, porque está rumiando lo que le ha contado la Pili, la del cuarto, imira que si fuera verdad...! No aguanta más y se lo dice a su hija: —¿sabes qué me ha dicho la Pili?, que no sé si será verdad porque esa miente más que habla...

—Pero qué Pili ni qué Pili, mamá, ¡que se ha muerto Eva! —le grita de pura impaciencia—, mi amiga Eva. Eva la del instituto y la universidad —le aclara como si hubiera tenido una legión de amigas.

El nombre y la cara, por fin, se unen en el cerebro materno y ahora sí que le interesa la noticia, que lo de la Pili, al fin y al cabo, era una tontada.

—¿La Eva? —incrédula—. ¡Ay, Dios mío! La Eva. Con lo guapa y lo simpática que era. Y joven, ¿no?, ¿cuántos años tendría...? —frunce el ceño, los raíles se aproximan peligrosamente.

—Cuarenta y dos, mamá, cuarenta y dos. ¿No ves que estudió conmigo en el instituto?

—¡¡¡¡¡¡¡¡¡Como tú!!!!!!!! —su cara se crispa de reconocimiento y de miedo—, ¡ay, Dios mío!

Retrato de la escritora aragonesa María Frisa de una serie sobre mujeres. ARCHIVO PLANETA

LA FICHA

Como entonces. María Frisa. Premio Narrativa de la Universidad de Zaragoza. PUZ: Colección Literaria. Zaragoza, 2011. 162 páginas.

Y mañana... 'Crónicas de Nueva York' de Maeve Brennan